

belén

Niña Dios: Tú que fuiste
falto de todo bien,
y que un techo de paja
te sirvió de sostén.
Que anduviste trotoando
leguas hasta Belén,
y que un simple borrico
te llevó por doquiera.

Niño Dios, que sin ropa
y con frío, también,
solo el calor tuviste
de una mula y un buey.
Y elegiste entre todos
ser hijo de José,
hijo de un carpintero
pobre, obediente y fiel.

Tú que por cuna habiste
un pesebre en Belén,
y por pañal un montón
de pajas a tus pies.

Niño Dios: si así al mundo
viniste, siendo Rey,
baja de nuevo al mundo
que aquí hoy niños, también,
y no tienen un buey,
y no tienen un techo,
ni ropa ni sostén.
Baja con tu borrico
de canela y de miel,
con trigo y esperanzas,
con panes y con fe.

Que no se muera un niño
en cada amanecer
porque no tiene nada,
nada para comer.
Y hables en tu idioma
a los hombres, también,
perdidos en la noche
de esta inmensa Babel.
Y tráenos un poco de tu amor,
niña Rey.
Ese amor que aprendiste
de María y José.

Mientras tanto en la noche,
loro noche mortal,
encuéndanos tu estrella
—misteriosa fanal—



Que los puños crispados
se obran de por en por;
que los ojos con sangre
busquen tu claridad;
que el hombre que está solo
deje su soledad...

y que tu amor de niño,
jornalero y ventero,
al corazón penetre
de esta humanidad...

en el nombre del Padre,
del Hijo... y de la paz.

J. R. L. R.

Para contar a los niños

lucero el burro del pesebre

N O era feo el burrito pero, nadie lo quería. Nació en un día tibio y suave de verano. Su madre lo miró con una alegría mezclada con pena, recordando su infancia feíta que contrastaba con su situación actual.

Era bien bruto la vida de los burros. Todo el mundo los pegaba, se los miraba con desprecio y no se leía la honda pena que se reflejaba en sus ojos. Y pensar que ese hijo suyo, con ese mechoncito gris tan tierno, que ella lamía con tanto cariño, iba a sufrir igualmente...

Pero "Lucero" —se llamaba así el burrito porque tenía una estrella en la frente— era feliz. No entendía todas aquellas cosas en las que pensaba su madre. Sus palas, torpes y largas, corrían por el pasto verde y se divertía muchísimo.

Y pasó el tiempo. Ya era mayor cuando un día, mientras estaba corriendo lejos de su madre, vio cómo una hombre se le levaban. "Lucero" la llamó en su lenguaje pero la madre se fue.

Y así y apenas si pudo volver la taberna para mirarla tristemente. "Lucero" hubiese querido seguir detrás de su madre pero tenía tanto miedo que sus patas parecían clavadas en el suelo y no pudo hacer otra cosa que llorar y llorar de pena.

Llegó la noche y "Lucero" estaba solo. Las estrellas parecían que querían brillar más para que el burrito no tuviese miedo y la luna también lo batió con su luz como una caricia.

A la mañana siguiente se levantó temprano. Se despidió de las flores, de los pájaros y del río y a todos ellos les dijo que iba a buscar a su madre.

Pasó el tiempo y vino el frío. "Lucero" ya no era el de antes. En su corazón no había caridad y su piel llena de machucos demostraba que tampoco se lo tenían. Sobre todo, "Lucero" odiaba a los hombres. Por que cuando lo veían tenían que pegarle. Al principio, se acercaba a grandes y chicos para preguntarle si no habían visto a su madre, pero le pegaban y no le contestaban nada.

Un noche de crudo invierno vio a sus amigas las estrellas que no brillaban tanto. En cambio, había una gran estrella que iluminaba como si todas las demás le hubiesen cedido su luz. Hacía mucho tiempo que "Lucero" buscaba dónde quedarse... Encontró un establo abandonado, y allí se resguardó. Al poco rato se quedó dormido.

De pronto oyó voces. Eran hombres que se acercaban. El borriquito se levantó rápidamente y se fue a esconder al rincón más oscuro del establo. Tenía miedo. Las voces se fueron acercando poco a poco.

—María... dijo una voz de hombre—, en ningún sitio nos admiten, tendríamos que quedarnos aquí.

—¡Sí, José, está bien! Hágase la voluntad de Dios— respondió una voz femenina. "Lucero" en su rincón temblaba. Si le veían con seguridad que le iban a pegar. Vio entrar a un hombre y a una mujer. Sus voces eran distintas a las que siempre había escuchado, pero lo mismo tenía miedo.

—No hay que qué abrigarse— dijo con pena el hombre—, ¡qué noche vas a pasar! María!

Por la mujer sonó con tanta dulzura, que "Lucero" sintió que rompía parte del odio que tenía dentro.

De repente, una luz, como si todas las estrellas y la luna hubiesen entrado de golpe a la choza, iluminó el pesebre. "Lucero" oyó un loro suave de niño pequeño y vio que la mujer sostenía en sus brazos a un niño y que era él el que lloraba.

El burrito comprendió que ese loro había destruido para siempre su odio, ya no sentía más amor.

Después y a forma de un tiempo se fue acercando a los tres. La Virgen había puesto a su niño sobre unas pajas. La voz tierna porque el niño tenía frío y no había con qué abrigarlo. "Lucero" tuvo una idea. Sin ruido fue por detrás de los tres y se acercó a la cabeza del niño y abriendo su boca, lo calentó con su aliento.

Luego, con miedo por si el niño se asustaba, sacó su lengua para darle un beso a la rubia cabecita.

El niño dejó de llorar. Rió y, volviéndose un poco, acarició con su manita, suavemente, el mechón gris con la estrella blanca de "Lucero". El borriquito sintió los ojos llenos de felicidad y su aliento fue desde ese momento aún más dulce y más calido.

la magia del nacimiento

El mundo cristiano recién comienza a recordar el nacimiento del Niño a partir del siglo IV. Desde entonces fue tomando gradualmente popularidad en Europa. De Europa pasó a América por conducto de la Cuzcoquina. El árbol de Navidad—según la tradición—lleva su origen en los países escandinavos, y fue introducido a América del Sur por soldados mercaderes alemanes durante las guerras de la Independencia. Nuestra tradición actual la celebración de Navidad en 1700, filtrada con interpretaciones de ritos indígenas.

Las canciones almas al nacimiento se fueron suplen- tiendo en los siglos por los cantos cristianos. Los instrumentos fueron distintos, pero el tema conservó la esencia. El hombre la tierra, imagen del niño. Desde esa fuente que todos los temas están contenidos.

Europa la melodía "Noche silenciosa" ha servido como base para muchos cantos de las canciones de Navidad. En los Estados Unidos, la melodía de la "Noche silenciosa" y el "Ángel del Sur" han servido como base para muchos cantos de las canciones de Navidad. En los Estados Unidos, la melodía de la "Noche silenciosa" y el "Ángel del Sur" han servido como base para muchos cantos de las canciones de Navidad.

En la Tierra, paz, amor y alegría. (Venezuela)

lázaro flury

Por EL LITORAL
SAN JORGE

sonetos de alabanza

jesús

Yo no sé si te veo en tus perfectas
dimensiones, Señor, de otra alborada.
Yo no sé si tu huella señalada
sigo por estas huellas imperfectas.

Y no sé si esta vía de diéctos
y congojos ansios, es la amada
de la perpetua luz de tu mirada.
¡Ay!, no sé si estas vías son los rectos.

Pero estoy en pedáños de la espera
bajo los siete signos de tu esfera,
pues descalzos y sombra comoviera.

Y estoy aquí, cuidando este alcanzado
escalón de tu templo ponderado,
con mi rosa en las manos floreada.

maría

En la alta majestad de viejos ríos,
protectora de faros y corales,
reverdecés las algas celestiales
y a puerta suave llevas los navíos.

La rosa mística en tus dedos fríos
orienta los loridos naturales
y conduce los blancos recales
por los praderas y los labratorios.

Por la gracia del ala presurosa,
por el misterio azul que hoy en la rosa
y por la muerte azul que hoy en los nardos,

Señora, dueña de los siete mares,
ruega por nos, desde tus olivares
y en los fulgores de tus siete dardos.

y José

La olorosa madera, renacido
en el viaje taller iluminado.
Te veo así, inocente y asombrado
por tu vara de nardo floreada.

Sientes que el Ángel de la Bienvenida,
ereno y natural, está a tu lado,
y tú, vezas, tú, suave, has inclinado
la cabeza de estampa encendida.

Te veo así, José de manos graves.
Te veo así, José de gestos suaves:
lo sandellito, el coyado y la paciencia.

Te veo así, sereno y venturoso
en lo multiplicado y armonioso
de tu vino, tu pan y tu inocencia.

vicente barbieri